

El tesoro efímero inasible

Raquel Lanseros

Divide Diana Bellessi (Zavalla, Santa Fe, Argentina, 1946) su nuevo libro en dos secciones cuyos títulos «La enseñanza silenciosa» y «La enseñanza del oro» resultan particularmente exegéticos. Porque *Variaciones de la luz*, que fue merecedor del último Premio Internacional de Poesía Ciudad de Melilla, constituye todo un canto a la enseñanza entendida en su sentido filosófico, la sabiduría que confiere la propia existencia. Bellessi trasciende la mayéutica socrática y, tras interrogarse a ella misma y a los pequeños milagros ontológicos cotidianos, entabla una suerte de diálogo platónico cuyos interlocutores son por un lado sus poemas y por el otro sus lectores. La poeta, una de las más reconocidas representantes de la poesía argentina actual, forja así un sólido libro que posee un fascinante doble logro, pues es a la vez una obra poética de un bellissimo calado lírico y un tratado gnoseológico. Parte Diana de las pequeñas cosas que resultan apenas advertidas por su sencillez para, haciéndonos partícipes de toda una aventura inductiva, desembocar en axiomas universales que se desgranán en forma de sentimientos, descripciones o pensamientos: «Lo pequeño no es menos que lo grande/y nada permanece ni es final/yo soy es una trampa pero yo/soy y honro lo que existe siendo en ello/la vida encantadora sin comienzo/ni calma permanencia ni final». Resulta muy poco corriente y por tanto un feliz hallazgo leer a una poeta con semejante conocimiento de la unidad del ser, de la conciencia cósmica honda que remite a grandes maestros como Omar Khayam o Walt Whitman: «El mundo de

Diana Bellessi: *Variaciones de la luz*, Ed. Visor, Madrid, 2011.

las cosas que me incluye/si cedo lo que miro y soy mirada/se abre lento a su trágica grandeza/fin o finalidad diría, oscura/teleología vuelta clara sólo/en la alegría que cesa su disputa/con el tiempo y se acuna a sí misma/. Es muy característico asimismo en Bellessi el uso de símbolos referidos a la naturaleza. La identificación de la voz poética con las manifestaciones físicas de la vida es constante, como las estaciones con su inherente desfile, los distintos meses, las partes del día, la lluvia, la luz, los colores, los pájaros... Nos describe la poeta un mundo cercano y familiar, que sirve de marco para su personal mundo interior que sus versos invitan a comprender y compartir, como en el intimista poema autobiográfico «Sixty and sweety»: «Llueve y llueve y así se desbarranca/sobre el verano el otoño y aunque se hagan/tristes los días es tal la magnitud/de la belleza en niebla y agua de donde el verde/emerge en pinceladas de rojo/(...)/y el mundo dice *nos vamos yendo* y/parece por momentos impetuosa y en otros/un adagio lento su retirada/que se promete eterna como al pronunciar/*sesenta*, madre, los años que cumplo/hoy y el *carpe diem* de cada día/. Es la de Diana una pluma poética exquisita y entusiasta, cuyo verbo se desborda como una torrentera sin perder jamás la elegancia en su apasionamiento. Sabedora de que el ego visible no es más que un reflejo del verdadero ser –como en la platónica teoría de la caverna–, algunos poemas de este libro revelan auténticas gemas de cognición unitaria engastadas en el armazón de orfebre que es su lenguaje poético: «cuando volvemos y partimos en el silencio/íntimo de lo fugaz y creemos rozar la puerta/de algo secreto o simplemente escondido/dentro nuestro que el mundo revela en la atención/sensible donde espanto y belleza se desbocan/sin nosotros asir la rienda, es un espejo/para mirarnos y buscar a tientas el roble/o el tejado y así aferrarnos por un momento/a la ilusión de unidad que nos deje decir». *Variaciones de la luz* nos transporta de un lugar a otro del planeta, desde la antigua China y sus maestros hasta Marrakech, pasando por Nicaragua o La Habana y su emblemático hotel Nacional. Y todos estos paisajes se ofrecen al lector para que los haga suyos, pues a su vez la poeta nos los brinda habiéndolos interiorizado previamente, fusionados con su intimidad, con sus recuerdos y su modo luminoso de mirar hacia fuera. Y ahí no termina el viaje, pues los poemas del libro nos proponen también un

recorrido temporal. El pasado, el presente y el futuro arden juntos en la pira de la visión poética de Bellessi, quien mediante el paso de los días, de las estaciones y de los accidentes meteorológicos simboliza este inexorable e incesante transcurrir del tiempo: «En la montonera de los que envejecen y se van/soy una más apenas como arena/que el viento revolea en las orillas/(...)/así que no confiemos por lo tanto ni un segundo/en la falsa duración o el espejismo/con que el tiempo humano se equivoca/y zonzo pierde los diamantes reales de la corona/su verdadero tiempo animal». No es casual, por cierto, esta reminiscencia de Manrique que dejan en nuestro ánimo lector estos versos. Diana Bellessi es una profunda conocedora de los clásicos, llegando incluso a homenajearlos explícitamente como en el magnífico poema «Sobre la estancia veintinueve de la égloga primera de Garcilaso»: «¿por qué no viene el sueño con su ovillo/para tejer la herida abierta y sello/mediante el día vuelva a la intemperie/de su alto gozo y quede/así enhebrado al otro/hondo, oscuro rostro/de la ardida noche en el recuerdo/que busca a su gemelo dulce y tierno/donde el amor habido le devuelva/el corazón entero/de aquella dicha antigua que se aleja?» Alta poesía para introducirnos en lo terrible y lo prodigioso que anida a la vez en el hecho de estar vivos. *Variaciones de la luz* es mucho más que un mero libro de poesía, es la adquisición de un billete de ida hacia lo más recóndito y sutil del tejido poético: el misterio ©